

entre las plantas parásitas y las cavidades de las peñas. La yerba no había sido aplastada por humano pie, y el silencio sólo era turbado por el graznar de los cuervos que revoloteaban con pesado vuelo. Desalentados los aventureros detuviéronse, y se sentaron un instante para celebrar consejo. Estaban sombríos, y profundas arrugas surcaban su frente.

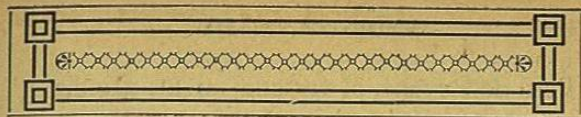
—¿Qué ruinas son éstas?—preguntó Taranne.

Todos ansiaban olvidar sus preocupaciones, aunque fuera por breves momentos, y la pregunta de Taranne fué oportuna.

—Han pasado aquí cosas terribles—murmuró el guía.

—Cuéntalas si las sabes—le ordenó Montaubert.

Los muros conservaban aún á través de los siglos huellas de un incendio, y la yerba no había vuelto á nacer en los sitios que las llamas lamieron. Entre los montones de piedras desprendidas crecían plantas parásitas y trepadoras, y el Sol enviaba sus rayos sobre ellas, iluminando hasta lo más hondo, alumbrando á los lagartos que se deslizaban entre los pedruscos y las yerbas.



## XI

### Un cuerpo en la zanja.

Antonio Laho se apoyó en un trozo de muralla y dijo:

—¿Queréis saber la historia del castillo de Miot? Se relaciona con la del subterráneo. Vais á ver. Todos recuerdan en la región á un marino que llegó á ser almirante y corregidor de Bayona. Se llamaba Pero de Puyane, y era tan cruel, que todos temblaban en su presencia. Cuando navegaba colgaba de las vergas de su navío á los prisioneros que cogía, colocando entre ellos perros. Un buen día los vascos no quisieron pagar el impuesto sobre la sidra que se fabricaba y vendía en Bayona. El corregidor prohibió la venta, so pena de cortar la mano al infractor, lo que sufrieron muchos sin pertañear. Los vascos no bebieron más sidra de Bayona, pero no cesaron;



y Pero de Puyane, al ver que no los decidía á pagar el impuesto, les prohibió pasar á Villafranca por el puente del Niva sin pagar un impuesto, so pretexto de que eran aguas bayonesas. Pero tampoco los vascos quisieron doblegarse á ello, y no daban á los oficiales encargados de cobrar el peaje más que algunos estacazos, y aun navajadas. Poco después de estos sucesos fueron al castillo de Miot muchos vascos, en su mayoría mozos y mozas, para pasar un día de huelga bailando, saltando y jugando. Con sus hombres de armas invadió Pero de Puyane al anochecer el castillo y como los confiados concurrentes, no iban armados, la fiesta terminó en una espantosa carnicería. Sólo cinco, que eran hiegalgos, fueron exceptuados de la matanza, reservándose don Pero decidir sobre su suerte. Luego mandó incendiar el castillo, que ardió desde la medianoche al mediodía siguiente, con olores de carne asada que hacían decir al terrible corregidor: «¡No podrán quejarse de mí los bayoneses! ¡Les doy un espectáculo, y, para que nada falte, pueden hartarse los vascos con carne de cerdo asada!»

Antonio se interrumpió. Los *enrodados* le escuchaban con interés. Alguno de ellos sentía ya conocer una historia que en la situación en que se contraban no era lo más á propósito para distraerlos de sus sombríos pensamientos,

—¿Y qué fué de los cinco hiegalgos?—preguntó Nocé.

—Fueron atados á las pilastras del puente, y ahogados al subir la marea. Cuando descendió la marea dejaron á los cinco hiegalgos colgados, para demostrar á los vascos que el agua de Bayona subía hasta el puente y que, por consiguiente, debían pagar el peaje. Pero de Puyane puso sesenta hombres en la torre que guardaba el puente. Pero á poco, descuidados y no sospechando un ataque, se entregaron á la buena vida. Cierta noche que unos dormían arriba á pierna suelta y los demás celebraban un festín abajo, los vascos, que se habían reunido de más de veinte aldeas y pueblos del señorío y los alrededores, escalaron la torre, y tomaron represalias pasando á cuchillo á los guardianes. Uno de los que comían y bebían alegremente en la sala baja notó que caía en su cabeza una lluvia de líquido rojo, y renegó de sus compañeros de arriba que así malgastaban el vino. Se tocó la cabeza; el líquido estaba tibio: lo probó con la yema del dedo, y se convenció de que era sangre. Los vascos bajaban ya. Entablóse una lucha desesperada en la oscuridad, y al encenderse las antorchas después del combate iluminaron un montón de cadáveres horrible, una mezcolanza de cabezas segadas, miembros mutilados y brazos y manos hechos picadillo.



Se detuvo nuevamente el guía para observar el efecto que producía en aquellas frentes arrugadas su relato.

—¿Y qué más?—preguntó Taranne.

—Los vascos desataron á los cinco hidalgos colgados en las arcadas, y precipitaron al río á todos los muertos. Era su desquite. Las aguas se tiñeron de sangre y corrieron rojas todo aquel día. Después de varios años de lucha entre los dos bandos intervino el Rey, y sometieron todos sus diferencias al arbitraje de Beltrán de Ezi, señor de Albret. Se hizo la paz; pero los vascos se reservaron su venganza. Querían acabar con Pero de Puyane y toda su casta. Entonces fué cuando el sanguinario almirante hizo construir ese subterráneo, matando en seguida á todos los que trabajaron en él, para que nadie supiera su refugio. Como su castillo hallábase situado en el espacio que ahora ocupa la posada de mi hermana, en cuanto las veía mal dadas desaparecía por la galería, cuya salida actual no es la que entonces era, pues seguía hasta las mismas ruinas del castillo de Miot. Sin embargo, no le bastó ese refugio, y tuvo que pedir auxilio y protección en Burdeos á su amigo el Príncipe de Gales; no salía nunca de la ciudad sino armado de todas armas ofensivas y defensivas, y acompañado de dos escuderos. Pero cierto día que se descuidó

breves minutos le hallaron muerto con una afilada daga clavada hasta el mango por la axila, entre la juntura de la coraza. Su hijo mayor murió á manos del sobrino de uno de los hidalgos colgados en el puente por orden de Pero de Puyane, y si se salvó el otro, fué porque habiéndose retirado á la Gran Bretaña con los ingleses, no volvió á Francia. Ésta es la tradición. Desde entonces el castillo y el subterráneo están malditos. Se asegura que Pero de Puyane vendió su alma al Diablo con la condición de que cada vez que pisaran esa galería otros pies que los suyos, se entreabiera la Tierra para engullir por lo menos una víctima. Yo tuve la prueba de ello hace diez años; vosotros acabáis de tenerla, puesto que uno de vosotros ha desaparecido hace pocas horas, sin que podamos encontrar el cadáver.

Una profunda arruga surcaba la frente de los caballeros. Escépticos en París, sentíanse dominados por la superstición entre aquellas ruinas tétricas y después de escuchar tan fúnebre historia. No pudiendo explicarse por medios naturales la desaparición de Felipe de Mantua, estaban muy inclinados á atribuirle la causa oculta que los turbaba y conmovía, no dejándoles duda alguna respecto á su muerte.

—Voy á dar una vuelta por las ruinas—dijo el



guía, que los había observado atentamente,—  
—si no hallo nada, será inútil, y hasta temerario, permanecer aquí. Acabo de sentir que la Tierra se estremecía bajo mis pies.

Todos hicieron gestos de inquietud, poniéndose en pie y mirando azorados al suelo.

—Aguardadme un instante, señores. Dentro de cinco minutos vuelvo.

Si los que le aguardaban hubieran podido ver la sonrisa sarcástica que plegó sus labios al desaparecer, no dudarán de que se había burlado de ellos. Pocos minutos después oyeron un desgarrador grito de angustia que los hizo estremecerse.

El guía no volvía.

—¡El pobre mozo tenía razón!—murmuró, Montaubert.—¡Esta vez la víctima ha sido él!  
¡Vámonos!

Y con la cabeza baja y el corazón oprimido, los *enrodados* tomaron el camino de Bayona.

El grito de angustia lanzado por Antonio era una farsa. Por si le espiaban, el montañés se dejó caer en una excavación no muy profunda, que disimulaba á la vista una cortina de hiedra. Allí se acurrucó aguardando á que se fueran los aventureros; pero cuando salió, en vez de regresar á la ciudad, dirigióse al subterráneo, en el cual penetró después de encender su antorcha,

Debía de maquinarse algo muy serio, pues funcióse su ceño y se arrugó su frente mientras se acercaba á la bifurcación de la galería. El descendiente de los que hacían picadillo de los albarderos de Pero de Puyane iba á matar á un hombre á quien juzgaba vil, y ruin, y que debía de encontrarse ya medio muerto.

Penetró por el corredor en que no había dejado entrar á los aventureros, y, examinando el suelo, pronto descubrió huellas de pasos. La bóveda se elevaba de repente como si se entrara en una inmensa excavación. El camino se estrechaba; las rocas asomaban sus picos amenazadores, que á veces remedaban formas humanas, cual si quisieran defender el paso, y goteaban como si llorasen al ver violado aquel recinto bravío. El agua, única soberana de aquel lugar, rugía, rebotaba en la roca, y saltaba espumeante al abismo con clamores asordantes. Laho no la veía aún; pero sentía que salpicaba ya su rostro con millares de gotitas y hacía vacilar y chisporrotear la llama de su antorcha, amenazando extinguirla. Como la falta de luz le hubiera hecho perder toda probabilidad de descubrir lo que buscaba, la resguardó con su chupa y continuó andando.

La arena húmeda recibía la impresión de sus pasos; pero otros pies antes que los suyos la habían hollado dirigiéndose á la zanja.



¿Se habrían detenido á tiempo, ó habrían caído en el torrente? La profunda sima estaba á dos pasos. Antonio bajó la antorcha para explorar el suelo, y dió un paso atrás. Ante él hallábase tendido, inmóvil y con los ojos cerrados, pareciendo dormir su último sueño, el cuerpo de Gonzaga. Pero no estaba muerto.

¿Qué había sucedido al Príncipe desde que se apartó de sus secuaces?

Ya se dijo con qué especie de furor inconsciente echó á correr, con la espada en la diestra y en la siniestra mano la antorcha. En aquellos momentos no reflexionaba, ofuscado su pensamiento por la idea de que Aurora se le escapaba y de que Lagardère, no contento con arrebatarla, se vengaría quitándole la vida. No dudaba que el caballero estuviese allí, y se arrojaba con la cabeza baja á la lucha suprema, como jabalí acorralado que se revuelve furioso contra los perros y contra el cazador, confiando en su vigor y en sus defensas.

En vez de seguir el camino principal, por una de esas fatales singularidades del Destino, que guía á los hombres sin que ellos mismos lo sospechen, tomó el corredor que daba á la zanja. Cuando oyó el mugir espantoso del torrente y quiso retroceder, era ya tarde: su antorcha se había apagado. Llamó á los *enrodados* á gritos,

pero su voz fué ahogada por el ruido ensordecedor de la cascada.

Con el acero extendido intentó á tientas orientarse. ¡Vano empeño! Había dado varias vueltas en torno suyo, y no sabía por dónde llegó hasta allí: por doquiera su espada, su mano y su frente chocaban con la roca. La angustia dilató sus pupilas y trató de sondear las tinieblas; pero éstas se burlaron de su audaz arrogancia y permanecieron insondables. Enajenado de furor, quiso luchar contra lo inexorable, y anduvo, anduvo...

El suelo era desigual y resbaladizo. Á los pocos pasos deslizáronse sus pies en aquellas rocas puntiagudas lavadas, y cayó, soltando la espada, que en vano buscó á tientas por todos lados. Sus dientes apretados silbaron una blasfemia. Felipe de Mantua, todopoderoso dos días antes, el Príncipe que á tantos había hecho temblar, tembló. Exhaló roncós gritos de furor, maldiciones, votos. Comprendió que estaba perdido, perdido para siempre; que desaparecería sin que nadie supiera cómo ni dónde. Vió con los ojos de su imaginación á la Duquesita libre y casada con Lagardère; toda la obra de su vida entera destruída en un instante.

Su rabia se desbordó contra sus compañeros de libertinaje, sus secuaces y cómplices. Hubie-



ra querido matar á Montaubert, Chaverny y Navailles, á todos los que se habían perdido por él, y que le abandonaron cuando declinaba su estrella. Á Peyrolles sobre todo, á Peyrolles que iba á aprovecharse del oro que le había chupado lentamente. ¡Deseaba bañarse en la sangre de su factótum!

Sólo la calma hubiera podido salvarle; pero hay circunstancias en que el hombre más sereno pierde la cabeza ó se deja dominar por sus nervios. Al aire libre el asesino de Nevers habíase mostrado valiente y animoso. Tantas veces vió de cerca la muerte, que ya casi no la temía; pero allí, en finieblas, no podía defenderse ni luchar, y la sentía hipar junto á él y alargar su terrible y descarnado brazo para cogerle.

—¿Tendré miedo?—se preguntó, tratando de recobrar sus arrestos varoniles.

El rugido del torrente, que le enloquecía, le obligó á confesarse que sí.

—¡Hay que salir de aquí á toda costa!

Y dió dos pasos más; pero un chorro de agua le heló la frente súbitamente y le rechazó con fuerza, haciéndole retroceder y caer al suelo aturdido, helado, medio muerto.

En esta situación le encontró Antonio. No tenía más que empujarle con el pie para arrojarle á la sima: es lo que Gonzaga hubiera hecho en

tales circunstancias con cualquiera de sus enemigos. Pero el montañés era valiente, noble y leal, y creía deshonoroso herir á un adversario indefenso. Á pesar del juramento tácito hecho á su hermana, le sacudió para despertarle; y viendo que aquel medio no le daba resultado, roció el semblante y sienes del Príncipe con agua que cogió formando taza con las dos manos juntas, y entreabrió los apretados dientes del caballero, haciéndole beber algunas gotas del aguardiente que llevaba en la calabaza sujeta á su cintura.

Gonzaga se levantó con trabajo. Inmenso júbilo resplandecía en su faz al ver que un desconocido llegaba en su socorro para impedirle morir de hambre y sed ó ahogado. Decididamente, el Diablo continuaba siendo su amigo, puesto que le enviaba auxilio. Se aprestaba á mirar las facciones de su salvador; pero, por inadvertencia ó torpeza de éste, apagóse la antorcha.

—¡Qué lástima! ¡Ya no podréis encenderla!

Como no obtuvo respuesta, prosiguió:

—De todos modos, gracias. Me habéis salvado; pero no he podido veros. ¿Quién sois?

El vasco tampoco respondió, y Mantua pensó que sería algún desgraciado mudo que viviría en el subterráneo, si es que no era el mismo Satanás con apariencia humana.



—Tengo sed—dijo, dominado en efecto por la sequedad que causa la fiebre que le invadía.—  
¿Queréis darme un trago?

El otro le tendió su calabaza, y se la quitó casi en seguida.

—Poco ahora—ordenó.—Dentro de un instante podéis beber hasta la saciedad.

Felipe no conocía la voz. Si hubiera visto el rayo que al decir tales palabras brillaba en los ojos de su interlocutor, habría tenido miedo. Pudo levantarse, y se sintió bastante fuerte, pues irguió con arrogancia la cabeza. No estaba, en efecto, muy maltratado, y sólo deseaba salir de aquellos lugares guiado por su salvador. Pero no era tal el propósito del desconocido, y Gonzaga estuvo á punto de caer desvanecido otra vez cuando oyó al montañés que le preguntaba con tono glacial:

—¿Os halláis ya bastante fuerte y en disposición de batiros?

—¡Batirme!—respondió sin comprender.—  
¿Contra quién? ¿Tengo que temer alguna asechanza? ¿Dónde están mis adversarios?

Su boca dejaba pasar con dificultad tales preguntas precipitadas, entrecortadas.

—No tenéis más que un adversario.

—Mi espada ha caído por ahí; se me escapó de las manos—murmuró el Príncipe.—Lo malo es

que ahora, sin luz, no sé cómo vamos á encontrarla.

—¿Para qué la queréis? ¿Acaso llevo yo espada también?

Gonzaga comprendió entonces que el que había tomado por un salvador era un enemigo, y una cólera sorda se apoderó de él.

—¿Quién sois, pues? ¡Respondedme! ¿Me conocéis?

—Sois Felipe de Mantua, Príncipe de Gonzaga, asesino y ruin.

El caballero palideció al oír este ultraje; pero la oscuridad velaba su palidez. Redoblóse su furia insana.

—¿Y quién sois vos que acabáis de salvarme de la muerte para asesinar me en seguida? Quiero saberlo. ¿Cómo os llamáis?

—Es inútil que os lo diga, porque no me habéis visto nunca.

—Entonces, ¿de quién sois emisario? ¿Quién os envía?

—Vengo impulsado por mi conciencia y animado por el deber que tiene todo hombre honrado de hacer justicia.

—¿Y con qué derecho pretendéis erigiros en juez? Alguien ha debido de enviaros, puesto que si, como afirmáis, no os conozco ni os he visto nunca, no he podido haceros daño alguno.



—Si á mi personalmente no, á otros torturaréis prevaliéndoos de la fuerza. Todo esto vais á discutirlo muy pronto con vuestro padrino Satanás. ¿Estáis dispuesto?

—¿Dispuesto? ¿A qué?—preguntó ansiosamente Gonzaga.

—Á defenderos contra mí. No tengo más armas que mis brazos; pero me bastan para arrojaros á la zanja, á menos que logréis vencerme y precipitarme á mí, lo que dudo mucho. Si fuera un asesino, ya no existiríais: hubierais pasado del desfallecimiento á la muerte; pero os propongo un combate leal, cuerpo á cuerpo, á treinta pies bajo tierra, sin testigos y sin misericordia. Encomendad vuestra alma á Dios, que va á juzgarnos.

¿Qué misterio era aquél? Gonzaga no podía descifrarlo: se veía perdido, y tembló. De pronto un relámpago de esperanza iluminó su mente. Indudablemente, aquel hombre era un asesino mercenario, y pagándole más... Todos los hombres se compran. Se tranquilizó un tanto, y con tono más conciliador dijo:

—¿Cuánto os pagan para matarme, amigo?

—Ni un maravedí. No soy de los que se venden.

—Sin embargo, mi bolsa está bien repleta de oro, y si...

—¡Basta! Si fuera de esas gentes que suponéis, ya no tendríais vuestras doblas en el coletito. Desprecio vuestro oro, que rodará con vos al fondo del torrente para que no manche las manos de nadie, porque nunca se hallará vuestro cadáver.

Tal perspectiva no tenía nada de halagüeña, y Gonzaga sintió que se le erizaban los cabellos. ¿Qué resentimientos tendría contra él su inflexible adversario? De pronto se estremeció: acababa de ocurrírsele algo siniestro, que le hizo murmurar á pesar suyo:

—¡Sólo un hombre en el mundo puede odiarme así!

—¿No se llama ese hombre Lagardère?

Felipe de Mantua exhaló un rugido:

—¡Sí, sí!—exclamó.—Y no siempre se disfraza de jorobado. ¡Ah! ¡Sois muy audaz, caballero de Lagardère; pero una vez que al venir á buscarme habéis olvidado vuestro acero, nos veremos las caras! ¡La partida me gusta! Un espadachín sin espada no es muy terrible, y...

Una carcajada le interrumpió, dejándole estupefacto.

—Estáis en un gran error, caballero. Ni soy Lagardère, ni le he visto en mi vida. Él mismo no me conoce más que vos. Ignoro cuántos son los que os odian: yo no os odio; pero estoy in-



dignado contra vos desde ayer por vuestra conducta con las dos damas.

—¡Cuernos de Satanás! ¿Seríais vos el que se ha instituído en defensor andante de la Duquesita de Nevers y de su compañera?

—Vos lo decís.

—Pues, entonces, vamos á batirnos á la luz del Sol, para tener el placer de ver si sois un galán arrogante y bello; y aunque no seáis precisamente un Apolo, os daré en matrimonio una de las dos damas, cualquiera de ellas que escojáis.

—Los que intrigan en la sombra por la negrura de su alma—repuso con tono glacial el montañés,—deben morir en las tinieblas. Estamos á cinco pasos del abismo, cuyo profundidad nadie ha sondeado. En breve vais á averiguar si conduce al Infierno.

Al decir esto, una mano de hierro cayó sobre el brazo del Príncipe.

—¡Defendedos!—dijo por última vez Antonio

Y sus brazos vigorosos se ciñeron nerviosamente al cuerpo de Gonzaga, levantándole del suelo. El miserable lanzó un grito desesperado de furor y de espanto. Pero el instinto de conservación se sobrepuso á su miedo, y le hizo defenderse con verdadera rabia.

En la profunda oscuridad del subterráneo se

entabló una terrible lucha. Abrazados estrechamente con brazos y piernas, las gargantas apretadas de los combatientes exhalaban sordos estertores, aullidos de rabia y de angustia que dominaban el rumor de las aguas. Gonzaga sentía decuplicadas sus fuerzas por la desesperación. Rodaron al suelo.

Estaban tan cerca de la zanja, que el menor movimiento podía precipitarlos abrazados en la muerte. Instintivamente lo comprendieron ambos. Felipe logró levantarse el primero, y su pensamiento dominante fué huir hacia adentro del subterráneo; pero no pudo dar más que un paso. Antonio le agarró por la cintura con fuerza gigantesca y le alzó en el aire. El Príncipe apenas podía respirar: aquellos brazos le estrechaban como si fueran de acero, cual torniquete irresistible. Agitó las manos en el vacío, quiso defenderse, agarrarse á su vez, y se sintió de repente desasido; pero precipitado al abismo.

Felipe de Mantua, Príncipe de Gonzaga, podía considerarse ya borrado definitivamente del número de los vivos.







Y sus brazos vigorosos se cñeron al cuerpo de Gonzaga, levantándole del sue.o.